

# Celda uno

Chimamanda Ngozi Adichie

La primera vez que robaron en nuestra casa fue el vecino Osita quien se metió por la ventana del comedor y se llevó el televisor, la videocasetera y los videos de *Purple Rain* y *Thriller* que mi padre había traído de Estados Unidos. La segunda vez fue mi hermano Nnamabia. Fingió que habían forzado la ventana y se llevó las joyas de mi madre. Sucedió un domingo; mis padres habían viajado a su pueblo natal para visitar a los abuelos y Nnamabia y yo fuimos solos a la iglesia. Él manejó el Peugeot 504 verde de mi madre. Nos sentamos juntos en la iglesia, como siempre, pero no tuvimos tiempo ni de darnos codazos para señalar burlescamente el horrible sombrero de alguien o algún caftán andrajoso porque, a los diez minutos, Nnamabia se fue sin decir nada. Regresó justo antes de que el cura dijera “Vayan en paz, la misa ha terminado”. Yo estaba molesta. Pensé que había salido a fumar o a ver a alguna chica, dado que por una vez podía tener el auto para él solo, pero podía habérmelo dicho. Volvimos a casa en silencio y se estacionó en la larga entrada para autos de la casa. Yo me quedé atrás para recoger unas flores de ixora mientras Nnamabia abría la puerta del frente. Al entrar lo encontré de pie en medio del vestíbulo.

—¡Nos han robado! —gritó.

Me detuve un momento antes de entrar. Sentí que había algo de teatral en la forma en que los cajones habían sido lanzados fuera de los muebles. O tal vez era simplemente que conocía bien a mi hermano. Más tarde, cuando mis padres volvieron a casa y los vecinos comenzaron a visitarnos para decir *ndo* (“lo lamento”), a tronarse los dedos y mover los hombros de arriba a abajo, me senté sola, arriba en mi habitación, y asumí que el desasosiego que sentía decía: fue Nnamabia. Yo lo sabía y mi padre también lo sabía. Se dio cuenta de que las ventanas habían sido abiertas desde dentro y no desde el exterior (Nnamabia era más listo que eso, quizás lo hizo así por la prisa de llegar a la iglesia antes de que terminara la misa), y de que el ladrón sabía exactamente dónde estaban las joyas de mi madre: en la esquina trasera izquierda de su baúl metálico. Nnamabia miró a mi padre con ojos lastimeros y dijo que tal vez había hecho cosas horribles en el pasado, cosas que los habían herido, pero que esta vez él no había hecho nada. Salió por la puerta trasera y no volvió a casa esa noche. Ni la siguiente, ni la noche después. Apareció dos semanas más tarde, demacrado, apestando a cerveza, llorando y pidiendo perdón. Había empeñado las joyas con los comerciantes hausa de Enugu y había gastado hasta el último centavo.

—¿Cuánto te dieron por mi oro? —le preguntó mi madre. Al oír su respuesta, se llevó las manos a la cabeza y gritó—: ¡Oh! ¡Oh! ¡*Chi m egbuo m!* ¡Mi Dios me ha matado!

Yo quería abofetearla. Mi padre ordenó a Nnamabia escribir un reporte en el que explicara cómo había empeñado las joyas, en qué había despilfarrado el dinero y con quién lo había gastado. Nunca creí que Nnamabia diría la verdad; tampoco creo que mi padre lo creyera, pero a mi padre el profesor le gustaban los reportes, las cosas por escrito y bien documentadas. Por otro lado, Nnamabia ya tenía diecisiete años y una barba cuidadosamente cortada. Estaba entre la secundaria y la universidad, ya no tenía edad para palizas. ¿Qué más podía hacer mi padre? Cuando Nnamabia terminó su reporte, mi padre lo archivó en el gabinete de acero de su estudio donde guardaba todos nuestros trabajos escolares.

—¡Herir de ese modo a su madre! —fue lo último que dijo sobre el asunto.

Pero Nnamabia no lo había hecho para hacerle daño a ella. Lo hizo porque sus joyas eran lo único de valor en la casa: objetos de oro sólido acumulados durante toda una vida. Lo hizo, también, porque otros hijos de profesores lo hacían. Era la época de los robos en nuestro tranquilo campus. Chicos que habían crecido viendo “Plaza Sésamo”, leyendo a Enid Blyton, desayunando Corn Flakes y estudiando en la escuela primaria para el personal universitario con sus lustradas sandalias marrones, ahora hacían tajos en los mosquiteros de las ventanas del vecindario, deslizaban las ventilas de cristal e irrumpían en el interior para llevarse televisores y videocaseteras. Sabíamos quiénes eran los ladrones. Aun así, cuando los profesores se encontraban en el club del personal, en la iglesia o en las reuniones de la facultad, se cuidaban de tocar el tema aunque fuera conversación corriente en el pueblo: los robos dentro de su sagrado campus.

Los ladrones se hacían populares. Por las tardes salían en los autos de sus padres, con los asientos echados hacia atrás y los brazos bien estirados para alcanzar el timón. Osita, el vecino que había robado nuestro televisor semanas antes del robo de Nnamabia, era ágil y atractivo con un dejo de melancolía. Caminaba con la gracia de un gato, con sus polos siempre impecablemente planchados. Yo solía mirarlo desde atrás de los arbustos, luego cerraba los ojos y soñaba que caminaba hacia mí para reclamarme como suya. Pero nunca se fijó en mí. Cuando robó nuestra casa, mis padres no fueron donde el profesor Ebube a pedir la devolución de nuestras cosas, aunque sabían que el culpable era su hijo.

Osita era dos años mayor que Nnamabia; la mayoría de los ladrones eran un poco mayores que él. Tal vez fue por eso que mi hermano no había entrado a robar en alguna otra casa. Quizá no se sentía lo suficientemente mayor o con la habilidad necesaria para algo más serio que las joyas de mi madre.

En aquel tiempo Nnamabia se parecía mucho a mi madre. Tenía su fina complexión, sus

grandes ojos y su boca generosa perfectamente curvada. Cuando mi madre nos llevaba al mercado, los comerciantes decían “¡Oiga, señora! ¿Por qué desperdició su hermosa piel en un chico y dejó a la niña tan oscura? ¿Qué va a hacer el varoncito con tanta belleza?” Mi madre sonreía como si se sintiera orgullosa de ser responsable de la apariencia de Nnamabia. Cuando tenía once años, Nnamabia rompió la ventana de su salón de clases con una pedrada y mi madre le dio el dinero para remplazarla sin decirle nada a mi padre. Algunos años después, Nnamabia tomó la llave del auto de mi padre y le sacó un molde con una barra de jabón. Mi padre lo descubrió antes de que fuera al cerrajero y mi madre lo defendió aduciendo que solo estaba experimentando, que no significaba nada. Cuando robó las preguntas de un examen del estudio de mi padre para vendérselas a sus alumnos, ella lo regañó pero después le dijo a mi padre que ya tenía dieciséis años y necesitaba más dinero para gastar.

No sé si Nnamabia sintió remordimiento por el robo de las joyas. No era fácil conocer sus sentimientos a través de ese rostro agraciado y sonriente. Nunca hablamos sobre ello, ni lo hicieron nuestros padres tampoco. Aun cuando las hermanas de mi madre le enviaron sus aretes de oro, aun cuando ella se compró una nueva cadena de oro con la Sra. Mozie, la glamorosa mujer que importaba oro de Italia, y comenzó a manejar hasta su casa una vez al mes para pagar los plazos, nunca hablamos de lo que había pasado con sus joyas. Era como si al pretender que Nnamabia no había hecho las cosas que había hecho, estuviéramos dándole la oportunidad de comenzar de nuevo. El robo no se habría vuelto a mencionar si Nnamabia no hubiera sido arrestado dos años después, cuando estaba en el segundo año en la universidad.

Para entonces ya era la época de las pandillas en el campus de Nsukka, cuando por toda la universidad había letreros que decían “DI NO A LAS PANDILLAS” con letras gruesas. El Hacha Negra, los Bucaneros y los Piratas eran las más conocidas. Habían comenzado como inocentes fraternidades pero habían evolucionado y, ahora, chicos de dieciocho años que actuaban con la arrogancia de los videos de rap de Estados Unidos, pasaban por iniciaciones secretas que, en ocasiones, dejaban uno o dos muertos en Odim Hill. Las armas y las lealtades bajo tortura se hicieron comunes. Un chico miraba con lascivia a una chica que resultaba ser la novia del líder de El Hacha Negra y, al pasar por un quiosco para comprar un cigarrillo era apuñalado en la pierna. Pero como se trataba de un Bucanero, al día siguiente otro Bucanero sería asesinado de un tiro en el refectorio; el cuerpo inerte cayendo sobre bandejas de aluminio con *garri*, y esa misma tarde un Hacha Negra hijo de un profesor, sería asesinado a hachazos en su habitación, dejando su equipo de sonido en un baño de sangre. Y todo era en vano. Era tan anormal que pronto se volvió normal. Las chicas tenían que quedarse en sus habitaciones después de las clases. Los maestros temblaban. Si una mosca zumbaba más alto, todo el mundo saltaba. Así hasta que fue necesario llamar a la policía,

que comenzó a recorrer a toda velocidad el campus en su destartalado Peugeot 505, con los agentes mirando amenazadoramente a los estudiantes, y sus armas oxidadas asomando por las ventanas. Nnamabia reía al volver a casa después de clases, diciendo que los policías tendrían que hacer algo más que eso. Todo el mundo sabía que las pandillas tenían mejores armas.

Mis padres veían a Nnamabia con silenciosa preocupación y yo sabía que ellos también se preguntaban si mi hermano pertenecía a alguna pandilla. Los pandilleros eran populares y Nnamabia era muy popular. Los chicos gritaban su apodo, “¡The Funk!”, y estrechaban su mano cuando lo encontraban, y las chicas, en especial las más populares, lo abrazaban exageradamente al saludarlo. Iba a todas las fiestas, tanto a las tranquilas veladas del campus y como a las más salvajes del pueblo. Era de ese tipo de jóvenes que están siempre rodeados de chicas y chicos, de los que se fuman una cajetilla entera de Rothmans en un día, de los que tienen la reputación de poder terminar con una caja de cerveza Star en una sentada. Pero su estilo parecía ser el de hacer amistad con todos los pandilleros sin pertenecer a una pandilla. Yo no estaba completamente segura si mi hermano tenía lo necesario —fueran agallas o inseguridad— para unirse a una.

La única vez que le pregunté si estaba en una, me miró sorprendido, como si yo debiera saberlo, antes de responder “Por supuesto que no”. Le creí. Mi padre le creyó también cuando, a su vez, se le preguntó. Pero creerle o no hizo muy poca diferencia cuando fue arrestado por pertenecer a una pandilla.

Sucedió así: un húmedo lunes, cuatro pandilleros que esperaban a la entrada del campus detuvieron a una profesora que conducía un Mercedes rojo. Le pusieron una pistola contra la cabeza, la arrastraron fuera del auto y se lo llevaron hasta la facultad de ingeniería, donde les dispararon a tres chicos que salían del edificio. Era a medio día. Yo estaba en clase cerca de ahí. Cuando oímos los disparos, nuestro maestro fue el primero en correr hacia la puerta. Había muchos gritos. Pronto, las escaleras estaban copadas de estudiantes que chocaban unos contra otros sin saber a dónde huir. Afuera, los cuerpos yacían sobre la hierba. El Mercedes se había marchado con los escandalosos ruidos de fricción de llantas sobre el pavimento. Muchos estudiantes empacaron sus cosas apresuradamente; los choferes de *okada* cobraban el doble por llevarlos hasta el estacionamiento o la avenida para tomar un bus. El vicerrector anunció que todas las clases de la tarde serían suspendidas y que todo el mundo debía permanecer en el interior después de las nueve de la noche. Me pareció que eso no tenía ningún sentido, dado que el tiroteo había tenido lugar a plena luz del día. Creo que a Nnamabia también le pareció una tontería pues la primera noche del toque de queda no llegó a dormir a la casa. Supuse que se habría quedado con algún amigo; no era raro que pasara la noche fuera. Pero a la mañana siguiente, un agente de seguridad vino a informar a mis padres que Nnamabia había sido arrestado en un bar junto con un grupo de pandilleros y que

estaba en la estación de policía. Mi madre gritó “*¡Ekwuzikwana!* ¡No me diga eso!”. Mi padre, manteniendo la calma, agradeció al agente. Fuimos en auto hasta la estación de policía del pueblo y ahí, un oficial que masticaba la punta de un lapicero manchado dijo:

—¿Se refieren a los pandilleros que fueron arrestados anoche? Se los llevaron a Enugu, ¡un caso muy serio! Debemos detener este asunto de las pandillas de una vez por todas.

Volvimos al auto, presas de un nuevo temor. Nsukka, hecha para la vida lenta e insular del campus y el aún más lento e insular ritmo del pueblito, era manejable; mi padre conocía al superintendente de policía. Pero Enugu era anónima. Ahí la policía podía hacer aquello que la había hecho famosa cuando se encontraba bajo presión para producir resultados: matar gente.

La estación de policía de Enugu estaba en un complejo arenoso y desordenado. Mi madre sobornó al policía del mostrador con dinero y arroz *jollof* y carne, así que autorizaron a Nnamabia a salir de su celda y sentarse con nosotros en una banca bajo un mango. Nadie preguntó por qué no había llegado a la casa la noche anterior. Nadie mencionó que era arbitrario que la policía entrara en un bar y arrestara a todos los chicos que estaban bebiendo ahí, incluyendo al barman. En lugar de eso, escuchamos a Nnamabia.

—Si manejáramos Nigeria como se maneja la celda donde estoy —dijo—, no habría más problemas. Todo está muy bien organizado. Hay un jefe y el jefe tiene un lugarteniente. Se entiende que cuando ingresas debes darles dinero, si no lo haces, estás en problemas.

—¿Y tú tenías dinero? —preguntó mi madre.

Nnamabia sonrió, con su rostro más hermoso que nunca a pesar de la roncha como de picadura de insecto que tenía en la frente, y nos contó que se había metido su dinero en el ano poco después del arresto. Sabía que los policías se lo quitarían si no lo escondía y sabía también que tendría que comprar su tranquilidad en la celda. Por un rato, mis padres no dijeron nada. Yo me imaginé a Nnamabia enrollando billetes de cien nairas para hacer un tubito del diámetro de un cigarrillo y buscando dentro de sus calzoncillos para meterlo en el interior de su cuerpo. Más tarde, en el trayecto de vuelta a Nsukka, mi padre dijo:

—Esto es lo que debía haber hecho cuando robó tus joyas. Debí haber dejado que lo encerraran en una celda.

Mi madre mantenía la mirada fija fuera de la ventana.

—¿Por qué? —le pregunté a mi padre.

—Porque esto lo ha afectado en serio, ¿no te das cuenta? —me preguntó sonriendo. Pero yo no podía darme cuenta. Me había parecido que Nnamabia estaba bien, con el dinero en el culo y todo.

Lo primero que realmente impactó a Nnamabia fue ver a un Bucanero sollozar. Era un joven

alto y rudo, del que se decía que había sido autor de uno de los asesinatos y que podía llegar a ser el líder de la pandilla el semestre siguiente, y estaba ahí en la celda, acobardado y sollozando después de que el jefe le dio una palmada en la nuca. Esto me lo contó Nnamabia con un tono a la vez molesto y desencantado, como si repentinamente le hubieran hecho ver que el increíble Hulk era en realidad solo un hombre pintado de verde. La segunda cosa que lo impactó fue enterarse de la existencia de la celda más alejada de la suya, la celda uno. No la conocía pero todos los días dos policías sacaban de ahí un cadáver y se detenían ante la celda de Nnamabia para asegurarse de que todos lo vieran.

Los prisioneros que tenían recursos para comprarse un poco de agua, que les daban en un viejo cubo de pintura, podían lavarse uno que otro día. Cuando los dejaban salir al patio, los policías que los vigilaban les gritaban: “¡Deja de hacer eso o te vas a la celda uno ahora mismo!”. Nnamabia no podía imaginar peor lugar que su propia celda, hacinada de tal manera que a veces no podía sino estar de pie, aplastado contra la pared. Los muros tenían grietas en las que anidaban los pequeños *kwalikwata*, de picadura feroz y afilada y, cuando se quejaba de ellos, los demás presos se burlaban de él. Las picaduras eran peores por la noche, mientras los presos dormían uno al lado del otro, cabeza contra pies para hacerse lugar, con excepción del jefe que dormía echado ampliamente boca arriba sobre el suelo. Era también el jefe quien dividía los dos platos de arroz que les empujaban dentro de la celda cada día; cada persona recibía dos puños.

Nnamabia nos contó todo esto después de la primera semana de encierro. Mientras él hablaba, yo me preguntaba si los insectos le habían picado la cara o si los granos que cubrían su frente eran producto de una infección. Algunos estaban coronados por puntos de pus color crema, y de repente se los rascaba. Yo quería que se callara. Parecía disfrutar su nuevo papel de víctima de atrocidades, como si no entendiera la enorme suerte que tenía de que los policías lo dejaran salir a comer lo que le llevábamos, o lo estúpido que había sido al salir a beber al bar aquella noche, y lo inciertas que eran las posibilidades de que lo dejaran libre.

Durante la primera semana fuimos a verlo todos los días. Íbamos en el viejo Volvo de mi padre porque el Peugeot de mi madre no era seguro para hacer viajes fuera de Nsukka. Al final de la semana pude notar que mis padres comenzaban a cambiar de actitud, sutilmente, pero cambiaban. Mi padre dejó de monologar, al pasar los retenes policiales, sobre lo ignorante y corrupta que era la policía. Dejó de traer a cuento el día en que nos detuvieron por una hora por negarse a sobornarlos, o el día que detuvieron el bus en el que viajaba mi hermosa prima Ogechi y la pusieron a un lado llamándola puta porque tenía dos teléfonos celulares, y le exigieron tanto dinero que tuvo que arrodillarse ante ellos, bajo la lluvia, para suplicarles que la dejaran ir. Y mi madre dejó de murmurar que estos policías eran el síntoma de un mal mayor. En lugar de eso, comenzaron a

guardar silencio, como si al negarse a criticar a la policía hicieran más factible la liberación de Nnamabia. “Delicado”, fue la palabra que utilizó el superintendente de Nsukka. Sacar a Nnamabia de ahí pronto, sería delicado, especialmente ahora que el presuntuoso comisionado de policía de Enugu estaba dando entrevistas en las que alardeaba de los arrestos de pandilleros. El problema de las pandillas era serio, hombres-muy-importantes de Abuya seguían de cerca los acontecimientos. Todo el mundo quería aparentar que estaba haciendo algo.

La segunda semana les dije a mis padres que no iríamos a ver a Nnamabia. No sabíamos cuánto tiempo duraría esto y el combustible era muy costoso para realizar el viaje de tres horas todos los días. Además, a Nnamabia no le haría ningún daño tener que arreglárselas solo por un día.

Mi madre respondió que nadie me estaba rogando que fuera, que podía quedarme ahí sentada sin hacer nada mientras mi pobre, inocente hermano sufría. Empezó a caminar hacia el auto y yo corrí tras ella. Una vez afuera no supe qué hacer, así que cogí una piedra de debajo de los arbustos de ixora y la lancé contra el parabrisas del Volvo. Escuché el chasquido y vi las pequeñas cuarteaduras extendiéndose como rayos en el cristal; me di la media vuelta, subí corriendo y me encerré en mi habitación. Oí los gritos de mi madre y la voz de mi padre, luego, por fin, silencio. Nadie fue a ver a Nnamabia ese día y me sorprendió esa pequeña victoria.

Fuimos a verlo al día siguiente. No hablamos sobre el parabrisas aunque las grietas se habían extendido como quebraduras en un río congelado. El policía del mostrador, uno apacible, de tez oscura, preguntó por qué no habíamos ido el día anterior; había extrañado el arroz *jollof* de mi madre. Yo esperaba que Nnamabia también preguntara, incluso que estuviera molesto, pero parecía muy tranquilo. Ni siquiera se comió todo su arroz.

—¿Algo anda mal? —preguntó mi madre y Nnamabia empezó a hablar de inmediato, como si hubiera estado esperando la pregunta. El día anterior habían metido a la celda a un anciano de setenta y tantos años quizá, con el pelo blanco, la piel arrugada y cierto aire de antigua dignidad. La policía buscaba a su hijo por robo a mano armada y, como no lo habían podido encontrar, habían decidido meter preso al padre.

—El hombre no ha hecho nada —dijo Nnamabia.

—Tú tampoco has hecho nada —replicó mi madre.

Nnamabia meneó la cabeza como indicando que mi madre no entendía nada. Los días siguientes parecía más resignado. Hablaba menos y casi siempre sobre el anciano, que no podía pagar agua para lavarse y todos los demás prisioneros se mofaban de él o lo acusaban de estar escondiendo al hijo. El jefe de la celda lo ignoraba y él parecía aterrorizado y empequeñecido.

—¿Sabe dónde está su hijo? —preguntó mi madre.

—No lo ha visto en cuatro meses —respondió Nnamabia.

—Claro que es incorrecto —dijo mi madre—, pero eso es lo que la policía hace siempre. Si no encuentran al que están buscando, encierran a un pariente.

—El viejo está enfermo —dijo Nnamabia—. Le tiemblan las manos aun cuando duerme.

Cerró el recipiente del arroz y miró a mi padre.

—Quisiera dárselo, pero si lo llevo a la celda me lo quitará el jefe.

Mi padre fue a preguntarle al oficial del mostrador si nos permitiría ver al anciano de la celda de Nnamabia por unos minutos. El oficial, uno de tez clara y carácter agrio que nunca agradecía a mi madre cuando le daba el soborno de dinero y arroz, se rió de mi padre y dijo que podía perder su trabajo por dejar salir a Nnamabia y aun así le pedíamos que sacara a otra persona. ¿Pensábamos que era una visita al internado escolar? Mi padre volvió y se sentó dando un suspiro. Nnamabia, en silencio, sólo se rascó su rostro lleno de granos.

Al día siguiente, Nnamabia apenas tocó su arroz. Contó que los policías habían arrojado agua jabonosa en el suelo y los muros de la celda, algo que hacían por rutina, y que el anciano, que no se había lavado en una semana, se había arrancado la camisa para restregar su frágil espalda contra el suelo mojado. Al verlo, los policías comenzaron a reírse y lo obligaron a quitarse toda la ropa y desfilar por el corredor. Lo hizo, ellos rieron aún más sonoramente y le preguntaron si su hijo el ladrón sabía que el culo de papá estaba tan ajado. Mientras narraba la escena, Nnamabia no quitaba la vista de su plato de arroz amarillo-naranja, y cuando levantó la cabeza, sus ojos estaban llenos de lágrimas. Mi sofisticado hermano. Sentí por él una ternura que no hubiera podido explicar si me lo hubieran pedido.

Dos días después hubo otro ataque en el campus: un chico mató a hachazos a otro.

—Esto es bueno —opinó mi madre—. Ahora no podrán decir que han arrestado a todos los pandilleros.

Ese día no fuimos a Enugu; mis padres fueron a ver al superintendente de la policía local y volvieron con buenas noticias. Nnamabia y el barman serían liberados inmediatamente. Bajo interrogatorio, uno de los pandilleros había afirmado que Nnamabia no era miembro de la pandilla. Al día siguiente salimos más temprano que de costumbre y sin llevar arroz *jollof*. Mi madre siempre se ponía nerviosa con el tráfico, le decía a mi padre “¡*Nekwa ya!* ¡Cuidado!”, como si él no viera a los otros autos virando peligrosamente desde el otro carril, pero esa vez lo hizo tantas veces que mi padre se detuvo antes de llegar a Ninth Mile y le dijo:

—¡Ya! ¿Quién va manejando?

Cuando llegamos a la estación de policía vimos a dos oficiales golpeando a un hombre con un *koboko*. Por un momento pensé que era Nnamabia, luego creí que se trataba del anciano de su celda, pero no era ninguno de los dos. Yo conocía al chico que se retorció en el suelo a cada latigazo. Su



nombre era Aboy, tenía el rostro agresivo de los perros de caza. Manejaba un Lexus por el campus y se decía que era un Bucanero. Traté de no mirarlo mientras caminábamos hacia el interior. En el mostrador estaba el oficial de las marcas tribales en las mejillas que siempre decía “Dios te bendiga” al tomar el soborno, pero esta vez desvió la mirada en cuanto nos vio entrar y supe entonces que algo andaba mal. Mis padres le dieron la nota del superintendente y él ni siquiera la vio. Estaba al tanto de la orden de liberación pero había una complicación con el chico. Mi madre empezó a gritar:

—¿Qué quiere decir?! ¿Dónde está mi hijo!?

El oficial se puso de pie.

—Llamaré a mi superior para que les explique.

Mi madre se abalanzó sobre él y lo jaló de la camisa.

—¿Dónde está mi hijo?! ¿Dónde está mi hijo?!

Mi padre la desprendió del hombre y él se sacudió la camisa como si estuviera llena de polvo, se dio la vuelta y se fue.

—¿Dónde está nuestro hijo? —preguntó mi padre en voz tan baja, tan apagada que el oficial se detuvo.

—Se lo llevaron, señor —dijo al fin.

—¿Se lo llevaron? ¿Qué quiere decir?! —gritaba mi madre desesperada—. ¿Han matado a mi hijo? ¿Lo han matado?!

—¿Dónde está nuestro hijo? —volvió a preguntar mi padre.

—Mi superior dijo que lo llamara cuando ustedes llegaran —respondió el policía y esta vez se apresuró a huir por una puerta.

Cuando desapareció sentí que me congelaba el miedo. Quise correr tras él y, como mi madre, jalarle la camisa hasta que produjera a Nnamabia. El superior apareció y escruté su rostro inexpresivo buscando indicios.

—Buenos días, señor —le habló a mi padre.

—¿Dónde está nuestro hijo? —preguntó él. Mi madre jadeaba ruidosamente.

—No hay ningún problema, señor. Es solo que ha sido transferido. Los llevaré al lugar enseguida.

Había cierto nerviosismo en el policía. Su rostro seguía inexpresivo pero evitaba ver a mi padre a los ojos.

—¿Lo han transferido?

—Recibimos la orden de liberación esta mañana. Habría enviado a alguien a buscarlo pero no tenemos combustible, así que estaba esperándolos a ustedes para que fuéramos juntos por él.

—¿Por qué fue transferido?

—Yo no estuve aquí, señor. Dijeron que ayer tuvo mal comportamiento y lo llevaron a la celda uno, y por la tarde todos los prisioneros de la celda uno fueron transferidos a otra parte.

—¿Mal comportamiento? ¿Qué significa eso?

—Yo no estuve aquí, señor.

Mi madre habló con la voz quebrada:

—¡Lléveme con mi hijo! ¡Lléveme con mi hijo ahora!

Me senté en el asiento de atrás con el policía. Olía como el alcanfor viejo que parecía durar para siempre en el baúl de mi madre. Nadie habló excepto por las indicaciones que el oficial le daba a mi padre. Llegamos un cuarto de hora después, con mi padre manejando peligrosamente rápido. El pequeño complejo amurallado se veía abandonado, con parches de hierba crecida esparcidos por ahí y llenos de botellas viejas y bolsas de plástico. El policía apenas esperó a que mi padre estacionara el auto; abrió la puerta y salió apresurado. Nuevamente sentí que me congelaba. Estábamos en una parte de la ciudad completamente olvidada y no había ni un solo letrero que dijera “Estación de Policía”. Había una extraña sensación de abandono en el aire. Pronto el policía salió con Nnamabia. Ahí estaba, mi atractivo hermano, caminando hacia nosotros, aparentemente el mismo de siempre hasta que estuvo al alcance de los abrazos de mi madre. Pero se echó hacia atrás mostrando dolor. Tenía el brazo vendado y había sangre seca alrededor de su nariz.

—¿Por qué te han golpeado así? —le preguntó mi madre y se volvió hacia el policía—. ¿Por qué le han hecho esto a mi hijo? ¡¿Por qué?!

El hombre se encogió de hombros. Había una nueva insolencia en su actitud, como si hace un rato no estuviera seguro sobre el estado de Nnamabia pero ahora, al verlo sano y salvo, podía dejarlo hablar por sí mismo.

—Son incapaces de criar a sus hijos correctamente. Se creen importantes porque trabajan en la universidad y cuando sus hijos se portan mal, creen que no deben ser castigados. Tienen suerte de que lo hayan soltado.

—Vámonos —dijo mi padre.

Abrió la puerta, Nnamabia subió al auto y nos fuimos a casa. Mi padre no se detuvo en ninguno de los retenes de policía a lo largo del camino. En uno de ellos, al pasar a toda velocidad, un policía nos amenazó con su arma. La única vez que mi madre abrió la boca en todo el camino fue para preguntarle a Nnamabia si quería que nos detuviéramos a comprar *okpa*. Nnamabia dijo que no. Llegamos a Nsukka antes de que por fin hablara.

—Ayer los policías le preguntaron al anciano si quería medio cubo de agua gratis. Dijo que sí, así que le pidieron que se sacara la ropa y desfilara por el corredor. Casi todos los prisioneros se

reían, aunque había algunos que pensaban que estaba mal tratar así a un anciano —Nnamabia hizo aquí una pausa—. Yo le grité al policía, le dije que el viejo era inocente y que estaba enfermo, que mantenerlo encerrado ahí no iba a ayudar a encontrar a su hijo pues él ni siquiera sabía dónde estaba. Me dijeron que me callara inmediatamente o me llevarían a la celda uno. Pero no me importó, no callé. Entonces me arrastraron fuera de la celda, me golpearon y me metieron en la celda uno.

Nnamabia se detuvo ahí. Nadie le preguntó nada más. Lo imaginé gritándole estúpido, idiota, cobarde insensible, sádico, bastardo y pensé en la reacción del policía, en el jefe de la celda mirando con la boca abierta y en los demás prisioneros pasmados ante la audacia del joven universitario. Imaginé también al anciano observando todo con sorprendido orgullo y negándose calladamente a desvestirse. Nnamabia no contó lo que le había sucedido en la celda uno ni en el lugar a donde fueron transferidos. Habría sido fácil para mi encantador hermano hacer un conmovedor drama con su historia, pero no lo hizo.

\* \* \*

Traducción: Carlos Maza

Original en inglés en:

[http://www.newyorker.com/fiction/features/2007/01/29/070129fi\\_fiction\\_adichie](http://www.newyorker.com/fiction/features/2007/01/29/070129fi_fiction_adichie)